

CARTA AL GRECO ENTREGADA EN MANO.  
IV CENTENARIO DE "EL ENTIERRO  
DEL CONDE DE ORGAZ"

Félix del Valle y Díaz  
Numerario

Excmos. e Ilmos señores  
señoras y señores

Demasiado amplio el título. Se puede esperar de él más de lo que contiene en realidad. Y más de lo que da tiempo a decir en una hora. Pero me he sentido obligado a que así fuera. Mi intención de homenajear al Greco tenía que estar clara desde la primera letra. Estamos en el décimo mes de 1986 y me he puesto nervioso al pensar que una vez más podríamos olvidarnos de él. Mas, me correspondía este año a mí abrir el curso académico de esta Real Institución, y no tendría excusa si no recordaba a mi amigo intemporal el pintor cretense. Yo estaba ya trabajando en otros temas para este momento, que es, según estimo, muy importante para un académico, pues al ser esta misión rotatoria, lo normal es disponer de este honor una sola vez en la vida. En muchos casos, miembros de esta Corporación han acabado sus días sin alcanzar su turno. De ahí mi disposición a considerarlo importante.

Un día, no hace mucho, me acordé de repente: 1586-1986. Cuatrocientos años del encargo a Doménico Theotocópuli, el Greco, de su cuadro más importante, y de su realización, pues antes de que terminara el año lo entregó. Nueve meses duró su creación, su gestación. Como las obras más importantes de los hombres. Como los hijos, nacidos de sublimes actos amorosos.

Estaba obligado a abandonar los temas en los que trabajaba y dedicar mi discurso al más grande artista que ha vivido en Toledo.

Y empezaron mis problemas. Se había acercado demasiado la fecha del día de hoy. Comenzaron, por ello, mis desvelos, las horas de mis noches en blanco, mis insomnios, mis sueños angustiados, mis febriles y desordenados sueños.

Y el resultado de todo ello es lo que sigue, por cuyo signo un tanto surrealista y un mucho trastornado, pido perdón.

\* \* \*

Son las tres de la mañana. Me he despertado súbitamente y lo lamento, pues estaba soñando con mi amigo Doménico Theotocópuli en el Toledo del siglo XVI, tras haberme dormido pensando en el cuatrocientos aniversario que ahora se cumple de la ejecución por el Greco de "El Entierro del Conde de Orgaz", su obra maestra, pintada para la iglesia de Santo Tomé y conservada en ella para orgullo de los toledanos y regocijo del mundo entero, que aquí viene a contemplarla.

Pensaba, antes de dormirme, que rememoración tan importante bien pudiera celebrarse con un homenaje al Greco; o con la dedicación de una calle a nuestro pintor más conocido y admirado; o con la erección de un monumento; o con la colocación de una estatua en el que ya tiene, que alguien ha calificado de "mezquino", sin medir la mezquindad de quien menos otorga.

Embuído en estos pensamientos debió sorprenderme el sueño; en él, yo caminaba a visitar a mi amigo griego.

Era sábado y el barrio de la Judería brillaba un poco más de lo normal, ya que, a pesar del disimulo de sus moradores, la mayoría de ellos, siguiendo su ancestral tradición, había cambiado sus ropas esa mañana. Destacaba la blancura de las sayas de las damas que pasaban callada y disimuladamente por delante de las sinagogas ya transformadas. Ese día no acudían al mercado, pues en sábado, por costumbre heredada, decían, no manejaban dinero. Y teniendo también prohibido por la religión de sus antepasados, que ellos pregonaban no profesar, el encender fuego en tal día, habían dejado a la lumbre lenta y duradera de la tarde del viernes la comida en suave ebullición. De modo que esa mañana de sábado, desocupada de otros quehaceres, había una solapada mayor afluencia de gentes en el camino que me había llevado a la casa de mi amigo, cercana a las sinagogas.

Un gran salón del palacio de Villena, donde el Greco tenía su vivienda alquilada. Pocos muebles, una larga estantería colmada de libros, una mesa y dos jamugas. Yo, sentado en una de ellas, esperaba a mi amigo para charlar. Nos cambiaríamos información de nuestras respectivas épocas. Y yo le explicaría que mis contempo-

ráneos le van a levantar por fin la estatua que Toledo le debe; no sé cómo soñaba semejante mentira, pero a mi amigo Greco le iba a agradar en el fondo la idea, aunque yo estaba seguro de que rehusaría enérgicamente tan pomposo honor. O tal vez él lo llamaría fastuoso; no sé; dentro de unos instantes podría comprobarlo. Ya de paso hablaríamos de nuestras vidas y de nuestros problemas; e incluso de nuestras profesiones. ¡Qué alegría! Yo iba a tener ocasión de preguntarle sobre su forma de moler los pigmentos. Y él me diría con qué los aglutinaba; y qué ponía debajo de las carnes de sus personajes para conseguir tan sublimes transparencias; y cómo daba sus maravillosas veladuras; con qué hacía sus barnices; si llegó o no a usar la encáustica. . . Yo a cambio le diría el orden en que pongo las capas de esmaltes sobre el oro, y cómo ablando los duros y endurezco los blandos para ese caso. Yo podría estar tranquilo; él nunca revelaría mis secretos; su completa capacidad para la pintura, para las artes grandes, garantizaban que nunca se dedicaría a la orfebrería, a las artes menores. Y él estaría tranquilo conmigo en cuanto a sus confidencias; mi incursión en la pintura nunca será definitiva.

Me ilusionaba pensar en el descubrimiento de su personalidad, de su solitaria y gigante personalidad. Me animaba la esperanza de poder contrastar su realidad con los análisis que de su vida hayan hecho cuantos han escrito sobre él. Es evidente que todo análisis "post mortem" es subjetivo y arriesgado. El lector nunca tendrá la seguridad de si lo escrito se acerca o no a la verdad, sin la confirmación de la persona analizada, imposible ya en el caso del Greco.

Hasta mí llegaba el aroma del aceite de linaza procedente de su taller. Desde mi sitio podía ver los títulos de algunos de sus libros: los había griegos, latinos, italianos, españoles. . . y trataban sobre arquitectura, sobre las artes en general, sobre ciencias naturales, matemáticas, mecánica, medicina, sobre militares, física y química, religión, filosofía, etc., etc. Hombre culto y políglota mi amigo. Y digna su cultura de tenerse en cuenta al valorarle.

Doña Jerónima me había ofrecido solícita una jarra de vino y un trozo de buen queso que aliviaran mi espera. Oíase toser a Doménico. Se acostó muy tarde la noche anterior. Había estado pintando y soñando cielos atormentados. Y la amplitud de aquellas habitaciones y la altura de sus techos salían siempre victoriosos sobre las nocturnas y mortecinas cenizas del gran brasero de bronce del estudio del pintor.

Su tos se acercaba a la estancia donde me encontraba. En breves instantes podría hablar con el maestro. La emoción atenazaba mi garganta. Se había acelerado mi ritmo cardiaco y yo temía que mi voz saliera quebrada y causara mala impresión al artista.

La luz me llegaba por la puerta en la que él debía aparecer, de forma que su silueta se plantó ante mí como una sombra iluminada por el dorso.

. . . Cuando abrí los ojos, reconocí mi mesilla de noche y mi despertador. Era madrugada. Acababan de dar las tres. Me sentí muy triste al no haber podido hablar con el cretense pintor toledano, mi vecino y amigo intemporal. Me sentía desolado. Yo había ansiado únicamente conocer un poco más al hombre. Su obra ya me era conocida, y querida, y admirada. Muchas veces he pensado que de haber vivido en la época del Greco, inevitablemente nos hubiéramos conocido. Mi casa está a muy pocos metros de donde estuvo emplazado el palacio de Villena. Justo al lado de la casa-museo de Victorio Macho; y a éste sí le llegué a conocer. Mi profesión de armero y orfebre me agrupa con las gentes del Arte; ineludiblemente coincidimos, nos encontramos. Los pintores y escultores de esta vieja ciudad me son muy conocidos, como yo lo soy de ellos. Frecuentemente nos cruzamos visitas y nos vemos trabajar. A los más les gusta escuchar mis relatos sobre mis trabajos y sus historias, y yo gusto de escuchar los suyos; hablamos de nuestras obras, de nuestras cosas, de las cosas de nuestra doliente Toledo. Por eso creo que de haber sido contemporáneo del Greco, yo habría visitado su taller; y él el mío. Y hasta pienso que la espada jineta que varias veces reprodujo en sus pinturas, dos en el "San Mauricio" y una en "La Resurrección", se la podría haber hecho yo; y la de San Pablo; y sus lanzas, y la armadura de "El Entierro del Conde de Orgaz", pintada también de forma diferente en otros cuadros. Y no se lo hubiera cobrado. El me habría dado a cambio algún pequeño cuadro suyo. Como el trueque por cosas de mi mano con Romero Carrión, o con Celedonio Perellón, con Fernando Dorado, Sánchez Colorado. . .

Seguramente me habría contado sus cuitas y yo le habría comprendido. Su salida de Creta, sus insatisfacciones de Italia, su voluntario y gozoso acomodo en Toledo. . . En Toledo, su elegida y amada Toledo.

Cuán poco se le recuerda. Pero, no; me he dado cuenta de pronto. No es que no se le recuerde, es que somos parcos en agasa-

jos sus paisanos de adopción, y todos sus compatriotas de esta época. . . “mejor patria donde empieza a sentir con la muerte eternidades”. ¿Tendría razón aquel amigo mío? ¿Será que somos mezuquinos? Una buena parte del turismo que llega a Toledo se debe al pintor cretense. Y también con su nombre se aviva de vez en cuando el mundo cuatro años ha; mas ¿se tuvo de verdad en cuenta qué dos grandes exposiciones se hicieron con su obra extendida por todo el mundo cuatro años ha; mas ¿se tuvo de verdad en cuenta qué hubiera opinado el Greco para su montaje? ¿Por qué la más importante de las dos se hizo en Madrid? ¿Por qué sus paisanos ponemos su nombre a centros comerciales y no a calles o plazas? ¿Por qué en cuatrocientos años no le hemos erigido una estatua en un lugar preferente de nuestra común amada Toledo?

Ya son casi las cuatro. Estoy completamente desvelado. Me causa tristeza no haber coincidido con el griego en esta legendaria ciudad.

Me he decidido. Voy a escribir una carta a mi amigo Doménico; mi intención será agradecerle la ejecución aquí de una de las obras más importantes de la pintura mundial; y de paso, intentar desagraviar nuestra pereza en mostrarle cariño. Le diré cuán honrados nos sentiríamos de poder ofrecerle una estatua que fuese admirada por cuantos vienen a ver su obra. La fecha de la carta será 1986. Cuatrocientos años después del nacimiento de su mejor pintura.

### Carta a Doménico Theotocópuli

Toledo, 1986

Mi querido amigo:

Cuatrocientos años ya de todo aquello. Tres grandes generosidades lo hicieron posible: la del señor de Orgaz, la del párroco de Santo Tomé y la tuya, querido amigo, al derrochar tu arte creativo en la composición y ejecución.

La del señor de Orgaz “. . . que se paguen todos los años para el cura, ministros y pobres de la parroquia dos carneros, dieciseis gallinas, dos pellejos de vino, dos cargas de leña y ochocientos maravises. . .”

Y un cura de la parroquia, casi trescientos años después, ajusta en 1.200 ducados el encargo a un pintor extranjero del cuadro que en nuestros días no hay tasador que se atreva a valorar. Tuvo fe en tí el cura; generosa fe, y quiso pagar al conde, a través de tus pinceles, los trescientos años transcurridos de generosa limosna. Permíteme, amigo mío, que en esta carta dedique un recuerdo a aquel cura párroco, don Andrés Núñez de Madrid, de fina sensibilidad artística y de clara visión de futuro.

Y la más importante, tu generosidad: ya te habías sacado la espina de Felipe II, mas por si hubiera dudas, volcaste tu genio creativo en esta espléndida obra, soñándola con los ojos abiertos; pintándola con los ojos cerrados al tiempo y las tasaciones.

“El Entierro del Conde de Orgaz”, tu cuadro, continúa en Santo Tomé, tu parroquia; donde casó tu hijo con Alfonsa de los Morales y bautizásteis a tu nieto Gabriel, al que espero habrás ya perdonado la renuncia que hizo de tu apellido cuando mozo. Ya sabes cómo son los jóvenes; tu apellido griego, nada fácil de pronunciar, podía molestar a sus amistades. Por otra parte, él había oído aquellos falsos rumores sobre tu procedencia de judío converso, y algo parecido se había dicho también de su abuela, tu amada Jerónima. Así que él prefirió llamarse Gabriel de los Morales y, borrando toda duda acerca de su religión, profesó en el monasterio de los Agustinos.

Pero cuando todo esto, tú ya no estabas; ni cuando tus otros nietos del segundo matrimonio de Jorge Manuel. Mas, volvamos al bautizo del primero. Desde la pila bautismal, tú mirabas el cuadro del señor de Orgaz y te acercaste a ver el pañuelo que pusieras a Jorge Manuel saliéndole del bolsillo; y la fecha de su nacimiento. ¡Cómo pasa el tiempo!, pensaste; ¡veintiseis años ya! Hoy no hubieras podido ver la fecha ni el cuadro desde la iglesia. Pero, estate tranquilo: a este cuadro tuyo no han podido arrcarlo de Toledo. Aún sigue en Santo Tomé, antigua mezquita transformada en iglesia que, según Barrés, “nos hace recordar que un alma musulmana se halla cautiva en los cimientos de Toledo”.

Sabias medidas de conservación y seguridad han aconsejado un ligero cambio de lugar y aislamiento del culto eclesial en beneficio de tan preciada joya. Ya se acabó el peligro de que un incendio hubiese acabado con tu obra por la forma en que fue fijada al muro tras nuestro último fratricida enfrentamiento. Fijación que se hizo sin duda con la mejor voluntad; como la protección en la

contienda referida, operaciones ambas realizadas sin medios suficientes, pero donde salió a flote lo visceral de nuestra manera de ser que tú conoces, colmando de amor el celo por tu lienzo en ambos casos, dejando unos momentos el odio incomprensible, surgido yo no sé aún de dónde, y que espero se acabe de borrar un día.

Se restauró de paso tu cuadro haciéndole un concienzudo sentado de color y una sabia limpieza. Los mejores especialistas del momento pusieron sus manos y su amor en ello, guiados por mi amigo Gonzalo Perales, quien me lo ha contado todo. No hubo por qué traer a ningún extranjero. Darás envidia a Velázquez, no lo dudes.

Puede que alguien haya criticado la separación del cuadro con la iglesia. No tomes en cuenta las críticas de algunos de mis contemporáneos. El hombre del siglo XX es dado a confundir. Y no te enojas si llegan a tí rumores de que alguien pretende ver en tu cuadro del "entierro" signos masónicos. Dicen que si el compás y la calavera en la casulla de don Pedro Ruiz Durón, o si la escalera y la escuadra; signos, como todos sabemos, relacionados con tu, también, profesión de arquitecto; o de arquitecto de retablos. Arquitecto de la pintura, diría yo; de la inspiración.

Tú sabes que es difícil encontrar la perfección para todos los gustos. Tú habías alcanzado la perfección que soñaste para ti. Perfección imperfecta, sólo por tí entendida, artista. Perfección salpicada de humillaciones: los numerosos pleitos por las tasaciones de tu arte y las reiteradas objeciones a tu forma de concebirlo. Tu arte era sólo tuyo, maestro; no debiste permitir a nadie tratar de dirigir tus creaciones. Y menos, de valorarlas. Sobre lo tuyo. . . sólo tu opinión. Tu obra "El Expolio" es obra de arte con las santas mujeres en la escena, o sin ellas; y no pierde belleza porque las cabezas de la muchedumbre estén por encima de la de Cristo, según se te dijo. Nadie debió regatearte el precio de tus obras. Si Luis de Velasco y Hernando de Nuciva tasaron tu "Entierro" en 1.200 ducados, no debiste permitir otra negociación ni aceptar parte del pago en especie dos años después, aunque aquella custodia de plata bien te sirviera para cubrir tu deuda con uno de tus acreedores, aquel mercader de lencería. Y si tú rechazaste la cifra de 2.430 ducados por el altar mayor de Illescas, cantidad que fue doblada en una de las tasaciones encargadas por el consejo del Arzobispado, no tuviste por qué resignarte con la cifra final de 2.093. Se trataba de tu arte, querido amigo. Sólo tú sabías su justo pre-

cio. Así, cuando Francisco Merino tasó el tabernáculo de Tavera en 25.000 reales, tú, voluntariamente, buscando el justiprecio, bajaste la tasación a 16.000. Para lo tuyo. . . tu opinión: la única válida.

Nosotros sabemos que no fue casualidad tu llegada a Toledo. Ni te conformaste con la Ciudad Imperial por un supuesto rechazo de Madrid.

Nosotros, los toledanos, sabemos que cuando abandonaste Venecia después de la pestilencia que la asolara en 1576, y tras la muerte de Ticiano durante ese fatal suceso, ya estabas enamorado de nuestra ciudad. Habías ya escuchado con arrobó los relatos sobre Toledo de aquel canónigo toledano que conocieras en Roma, Pedro Chacón. Y en las tertulias de Fulvio Orsini te extasiabas con las descripciones que de los cielos de tu amada hacía Luis de Castilla. ¿Recuerdas? ¡Qué grande amistad la suya! Hasta la muerte. Nunca mejor dicho, pensaba el clérigo cuando fue tu albacea testamentario casi cuarenta años después.

Recuerdo el día de tu entierro, Doménico, toledano amigo. Desde mi casa, cercana a tus aposentos, ví pasar la comitiva. Yo no pude asistir porque estaba aquí, en el siglo XX. Mas lo recuerdo cual si lo viera hoy.

Magnífica procesión funeraria mientras en el aire sonaban las graves campanadas de Santo Tomé. Destacaban los cofrades de la Caridad, seguidos de la Cofradía en pleno de Nuestra Señora de los Dolores. Y tras ellos, el "todo Toledo".

Entre el cortejo creí reconocer a Salazar de Mendoza; a Antonio y Diego de Covarrubias; al doctor Gregorio Angulo; a los hermanos Castilla, Luis y Diego, a quienes debías los encargos de Santo Domingo. Diego, ya hacía treinta años que había muerto, pero allí estaba aquel día despidiéndote y recibíéndote; ¡oh maravilla de las amistades por encima del tiempo! Y en un lugar muy destacado, fray Hortensio Félix Paravicino, tu poeta y amigo, entonando salmos responsoriales. A su lado, tus amigos de todos los siglos: Góngora, Francisco de Pisa, Alonso de Villegas, Alonso de Zayas, Jusepe Martínez, Antonio Palomino, Llaguno, Cean, Cossío, y un sinfín de gentes de nuestro barrio, y de las Cobachuelas, y de San Justo, y de todos los barrios toledanos y de todas las épocas toledanas. Y también estaban Gregorio Marañón, Camón Aznar, Wethey, Gudiel, Borja de San Román, Zarco del Valle, Lafuente Ferrari, Matías Moreno. . . y Cardaña (don Santiago) el carpintero de



Santo Tomé, que protegiera tu "Entierro" en nuestra última guerra. Y un largo etcétera de admiradores tuyos.

Se te quería. Ya hacía tiempo que dejaste de ser para nosotros el extranjero excéntrico. Mucho tiempo hacía ya que habías dejado de firmar tus cuadros con la palabra KRES. Voluntariamente dejaste de llamarte cretense para convertirte en toledano, pintor de tu Toledo y de sus gentes, y de sus locos, que también se ha dicho.

No pudiste elegir dónde nacer, mas sí dónde vivir. . . "Toledo, mejor patria. . ."

¡Cómo recuerdo el llanto de tu vieja criada María, querido amigo! Y hasta parecióme ver en un rincón a tu fiel Preboste, regresado expresamente para asistir a tu entierro tras siete años alejado de tí. ¿Sabes?, alguien le ha inventado un romance con doña Jerónima. Yo ya me he enojado por ello. Mas tú no te preocupes; ya te he dicho cómo son las gentes de mi siglo.

Y la comitiva avanzaba hacia Santo Domingo, donde ya todo estaba dispuesto. Y sobre tu tumba, "La Adoración de los Pastores", con Jesús recién nacido. Sobre la muerte, el nacimiento: filósofo, artista. Cuadro pintado expresamente para allí, para aquel espacio, para aquel silencio, para aquella luz. Tu gran preocupación, la luz, según nos dice tu contemporáneo Francisco Pacheco: "La claridad destruye la luz interior", cuenta que decías.

Tu cuerpo, según alguien ha dicho, fue un día trasladado por tu hijo a San Torcuato. Y el cuadro, que tanto armonizaba con el conjunto para el que fue creado, fue también otro día trasladado. . . Y los tralados de tus cuadros se han venido prodigando. . .

Qué pena nos dio a tus amigos comprobar el éxodo de tus obras; pues fuimos a verte a Madrid "Greco de Toledo". Cuánto cuadro tuyo llegado de fuera; cuánto cuadro tuyo fuera de su lugar.

No es arte solamente la disposición de los colores y la luz sobre el lienzo. El arte está también en las sensaciones que el artista crea en quienes contemplan su obra, ayudado por el entorno que la envuelve. Y tú y yo sabemos, Doménico amigo, que es muy diferente admirar ciertas obras de arte en su lugar de nacimiento a hacerlo rodeadas de ambientes disonantes. Tus obras, para mí, están en este caso. Habría que verlas donde tú las creaste y en el sitio para el que las hiciste. Y no es que yo pretenda que una obra tuya no es arte si no está aquí. Tú sabes muy bien lo que quiero

decir; creador, genio incorporador a tus lienzos del misterio de Toledo, del encantador silencio de sus callejas, del perfume callado de sus conventos, de sus cielos atormentados por tanta paz y desgarrados por tanto desasosiego escondido en las históricas piedras de esta vieja ciudad.

Tú sabes muy bien lo que quiero decir. Pues tras tu fugaz incursión en Sevilla en el mundo "comercial" y tras tus pingües ganancias vendiendo pinturas, que tú llamabas "de pacotilla", a los que embarcaban con rumbo a las Indias, regresaste a tu Toledo y a tu arte diciendo: "Antes quiero vivir mísero que rudo". Tus pinceles aquí conectaban con el torrente de fuerzas magnéticas que te rodeaban y que tú captabas y respirabas a través de los poros de tu piel.

Pintabas para crear; para trasladar a tus lienzos la vida de tu mundo. No te inquietaba el vender. Para mí está demostrado con los casi ciento cincuenta cuadros que había en tu taller aquel siete de abril. Tu arte sobre tus lienzos. Distribuído por nuestras iglesias, por nuestros conventos, en tu taller de pintura, en Toledo. Tu gran legado, para tu esposa espiritual: la ciudad con la que te desposaste un día de 1577, tras haberla conocido por referencias de otros hombres que también la amaban. Y con la que hoy, quieranlo o no algunos de mis contemporáneos, sigues desposado y con tu nombre unido al suyo, o viceversa, pues tanto da "Greco de Toledo" o "Toledo del Greco".

Pero, es muy tarde ya, y tú tal vez estés cansado. Vete a soñar con tus ángeles. . . No sueñes ya con tu vida. Descansa en paz. Pues, a tu vida, plantada cual flor fecunda en Toledo, donde tu genio creador se realizó triunfando, amando, teniendo un hijo, soñando hasta morir para ir al infinito, le han arrancado pétalos que el viento ha dispersado, dejando a tu recuerdo mutilados dolores que hoy beben tus amigos sedientos de tu paz.

Tuyo afectísimo admirador, Félix del Valle.

Ya te he escrito la carta, amigo. ¿Cómo te la hago llegar ahora? ¿En qué buzón la echo? ¿Cuántos sellos la pongo?

Ya hace tiempo que ha amanecido. Desde mi balcón veo al sol dorar el ciprés de Santa María la Blanca, y la espadaña de la Sinagoga del Tránsito, y la torre de Santo Tomé.

Santo Tomé, creo que ya tengo la solución: te llevaré yo mismo la carta al "Entierro del Conde de Orgaz" a entregártela en mano.

Al entrar por la puerta que da a la plaza del Conde, saludo a Silvio y a Julián, sacristán y portero, respectivamente, viejos amigos.

—Vienes temprano hoy —me dice Julián—. Hasta que lleguen los grupos vas a estar a tus anchas.

—A estas horas podrás recrearte sin que nadie te moleste —apostilla Silvio—.

Agradezco sus palabras y entro en la sala que exhibe la obra maestra del Greco, separada por un tabique de la iglesia.

Me siento en el banco de la primera fila con mi carta en la mano.

Contemplo el cuadro. Un profundo silencio me rodea. . . nos rodea.

Admiro la obra del maestro cretense, mi amigo. Cierro los ojos y con sus imágenes en mi mente le dedico unos versos.

La luz abre un canal a la humareda  
que el angel toca y la convierte en nubes,  
y las nubes en plata,  
y la plata en fulgor incandescente;  
y hay una luz más blanca todavía  
que recibe al de Orgaz y lo aposenta  
donde acaban las duras travesías.

La seriedad lineal de los de abajo  
se antoja displicente:  
ciertas manos inician un suave comentario;  
los de fe alzan los ojos,  
y hay una vista al frente que traspasa  
al que observa la escena  
de este lado del cuadro.

Esteban y Agustín, venidos de otro tiempo,  
entre un mudo clamor han abrazado al conde  
para enterrar su cuerpo.  
No les cabe en la estancia;  
¿lo sacarán del lienzo?

Jorge Manuel señala con su dedo  
una flor al visitante.  
Si te vistes de gola y saya negra  
tal vez puedas cogerla,  
tal vez puedas quedarte.





Creo que no voy a dudarle. No tengo gola ni saya negra, pero me voy a atrever.

Levanto el cuello de mi chaqueta, cruzo las solapas para ocultar mi corbata del siglo XX y entro en el cuadro. . .

Al primero que me encuentro es a Jorge Manuel.

—Buenos días —le digo.

—¿Quién sois vos? ¿Me conocéis?

—Claro, soy amigo de tu padre.

—Qué extraña vestimenta lleváis, ¿sois acaso extranjero?

—No —contesto sonriendo.

—¿Mi padre os espera?

—No me espera, mas no le extrañará el verme. Somos, como te digo, buenos amigos y vengo a traerle una carta.

—Pasad, está ahí dentro, al fondo, entre otros caballeros.

Antes de avanzar, admiro los bordados de la dalmática y la capa de los santos Agustín y Esteban. ¡Qué maravilla! No parece

que hayan tocado manos en esos bordados. Y de pronto me doy cuenta: no son bordados de manos humanas; el Greco las ha hecho bordar en el Cielo, de donde han bajado los santos con ellas puestas. No me atrevo a tocarlas. Desde dentro se ven de otra manera: resplandecen.

Contemplo la armadura del señor de Orgaz. Perfecta. De acero bruñido y pavonado. Rodelines bien montados a las hombreras para cubrir los huecos de las axilas. Perfecta gorguera de engole por donde asoma la golilla de hilo blanco. Escarcelas articuladas. Perfectos los codales con vuelta en las sangrías.

—Magnífica y bella armadura —comento.

—¿Entendéis de armaduras? —pregunta Jorge Manuel.

—Sí claro —contesto sin mirarle mientras me acerco a ver los adornos de sus cenefas.



— ¡Parecen damasquinados! —exclamo.

—¿También sabéis de eso?

—Fue mi primer oficio. —le digo—. Bueno, el segundo.

Paso mis dedos sobre el petral donde se refleja la cabeza de San Esteban. Extraordinario bruñido.

Rodeo por detrás a San Agustín. He de llegar al Greco.

Un resplandor que viene de arriba me hace levantar la vista, y la escena del Cielo, que tantas veces he visto desde fuera del cuadro, es desde aquí una maravillosa sinfonía de luz y color. Las nubes que rodean al ángel central, velan en continuo y lento movimiento el resplandor existente en las alturas. Y se ven los colores y se escucha la música como a través de enormes gasas ondulantes movidas por una acariciadora brisa celestial. Entre las dos grandes nubes se abre un surco de luz del más allá, por donde el ángel hace entrar el alma del Conde. Y luces más al fondo colorean multitudes.

He pasado entre San Agustín y el cura de la sobrepelliz transparente, que es el párroco de Santo Tomé. Le saludo:

—Don Andrés Núñez de Madrid, buenos días.

—Bienvenido seáis, caballero; aún llegáis a tiempo. Colocáos por ahí.

Hay poco espacio en la sala donde se celebran las honras fúnebres. Ha venido mucha gente al entierro. Tenía muchos amigos, por lo que se ve, don Gonzalo Ruiz de Toledo.

Al pasar junto a don Antonio de Covarrubias me disculpo:

—Perdón, señor; no quisiera molestarle.

—No molestais, caballero. Agradecemos vuestra compañía en estos momentos de dolor. ¿Conocíais al finado?

—Sólo de oídas.

—Os he visto entrar. ¿De dónde venís?

—De una época futura, del siglo XX.

—Misterios de la metafísica. Nosotros, sin embargo, estamos asistiendo a un entierro de épocas pasadas, de hace más de doscientos años, invitados por un amigo, Doménico el pintor.

—A su amigo sí le conozco, es vecino mío.

—¿Habitáis por ventura el palacio de Villena? ¿Está aún en pie?

—No, ya no existe; pero vivo en el barrio. Mi casa está ubicada entre las dos sinagogas.

—¿Cómo está ahora Toledo? ¿Y sus gentes? . . . Las gentes to-





das de vuestra época. Desde aquí les veo a centenares. Como humanista que soy, me gustaría saber cosas de ellos. A veces siento la tentación de escaparme del cuadro y adentrarme en vuestro mundo.

—No, no lo haga. Siga usted aquí. Descanse en paz. . .

Avanzo un poco más entre San Agustín y la fila de caballeros. Antes de llegar al Greco me topo con el sucesor del Conde de Orgaz.

—Señor Hurtado de Mendoza y Rojas de Guzmán, mis condolencias.

—Gracias, caballero.



Por fin, detrás de él, el Greco; mi amigo Doménico Theotocópuli, que no ha dejado de mirarme desde que he entrado. Nos damos un abrazo.

—Gracias por vuestra visita —me dice—. Pero no os quedéis ahí, pasad, venid más adentro que os enseñe todo el cuadro.

Y poniéndome una mano sobre uno de mis hombros, nos adentramos por detrás de las filas de los caballeros.

Hay como unas nubes que rozan nuestras cabezas. Y un silencio que se me antoja musical. No salgo de mi asombro. ¡Qué mundo más maravilloso!

El Greco me mira sonriente mientras yo recorro con la vista toda la escena prodigiosamente iluminada desde el cielo, y sin saber por qué, mi visión se mezcla con el recuerdo del Transparente de la Catedral toledana: oscuridad tras el Altar Mayor; y un rayo de luz colorida que llega del cielo. ¿Se inspiraría aquí Tomé? ¿Habría estado alguna vez dentro del cuadro, como yo? Pero, no;

esto no es exactamente barroco. Es sencillamente una grandiosa fiesta de luz.

Me dan ganas de contarle a mi amigo mis pensamientos. Mas no lo hago. Le confundirían mis palabras si le hablara del barroco y del churrigueresco. ¿Y si le hablara tan sólo de su intención estética? No, tampoco me entendería. Ahora recuerdo que los problemas de la estética no comenzaron a delimitarse hasta el siglo XVIII, y que el estudio serio del arte y su historia no se empezó a realizar hasta el XIX, experimentando un extraordinario desarrollo hasta nuestros días. Hasta nuestros días —me digo—; pero, ¿estamos aprovechando de verdad los hombres de mi época la cotidiana percepción visual de imágenes, para estimular el apetito por la plástica?

— ¡Oh, televisión infrautilizada!

He dicho esta última frase en alta voz sin darme cuenta.

El Greco me mira sorprendido.

—¿Qué musitáis? —me dice.

—No, nada; es una historia que te aburriría, de aparatos por los que, a través de la percepción visual, se puede llegar a las conciencias y al estímulo de la sensibilidad.

Mi amigo me mira serio y pensativo, y me dice:

—Me recuerda un poco a ciertos resortes del Manierismo al servicio de la Contrarreforma.

Conversábamos y caminábamos sin que nuestros pies tocaran en suelo, y con nuestras cabezas casi rozando nieblas coloreadas, mientras nos adentrábamos por el fondo del cuadro.

“Manierismo”, había dicho el Greco. Yo no me hubiera atrevido a mencionarlo ante mi amigo. Sé que no habría de gustarle que le llamaran manierista.

Pero entre el manierismo y el barroco naciente, estaba su arte. Y así se lo digo.

El, gravemente me contesta:

—Sabed que dieron en decir que ser manierista era seguir la “maniera” de Michelangelo, su “terribiltà”, y yo era portador de mis propios conceptos; no tenía por qué seguir los pasos de Buonarroti, que era un buen hombre, pero que no sabía pintar.

El Greco ha fruncido su ceño. El recuerdo de ingratas comparaciones con los artistas de su época le ha entristecido. El, nacido en una isla, había buscado otra isla donde vivir su arte solo: Toledo, ya libre de la Corte y sus intrigas. Y al no conservar una visión

vulgar y corriente de las cosas del mundo, había entrado en lo que se llamó manierismo, pero no en lo que se entiende como una copia de la "maniera" de otro artista, sino, como dijera Vasari, en la "bella e dotta maniera", donde todo practicante de su "singolar maniera" habría de esforzarse, como visionario, a liberarse de las realidades terranales, debiendo tener siempre una predisposición hacia lo excéntrico. Y la propia personalidad de Doménico, aislada ya en Toledo de toda corriente artística que le fuera extraña, le invitaba a seguir sus propios impulsos; y de su personal exaltación brotaban ciertas acrobacias espirituales, que alguien pudo motejar de ideas disparatadas.

Esto es: ¡gran idea disparatada!, por la que camino de la mano de mi amigo Greco; ¡grandiosa acrobacia espiritual! El funeral de alguien muerto hace setecientos años, acompañado en el suelo por gentes de hace cuatrocientos y por santos del Cielo; y en lo alto, ángeles asombrados, juguetones querubines, nubes que envuelven personajes de los Libros Sagrados, y luces cegadoras que descienden por detrás de Dios Hijo.

Desde detrás de los personajes en la oscuridad, donde Doménico y yo nos encontramos, la luz del Cielo parece más luminosa y más misteriosos los reflejos a través de las nubes en la escena de abajo; y más transparente la sobrepelliz del párroco, y más expresivas las manos, y más vivos los vivos y más muerto el muerto.

Habíamos llegado al fondo del cuadro. Nos habíamos topado con el lienzo.

¡Qué emoción! Jamás había tenido un "mantelillo veneciano" tan cerca de mí. Con qué claridad podía ver su urdimbre y su trama, y las formas geométricas de su tejido, y sus tres resistentes costuras verticales.

—Mirad qué forración —me dice el Greco—, de hace ya más de un siglo.

—Magnífico reentelado a la gacha —comento—. Y buen sentido de color.

Mi amigo me aclara:

—Es de la restauración que se hizo en 1873 dirigida por el pintor Matías Moreno —y añade—. Asomáos por detrás a ver el bastidor.

—No es demasiado bonito —le digo—, parece hecho de trozos de derribo.

—Pero es bueno, fuerte y resistente a los cambios del tiempo.

Salid, salid a observarle.

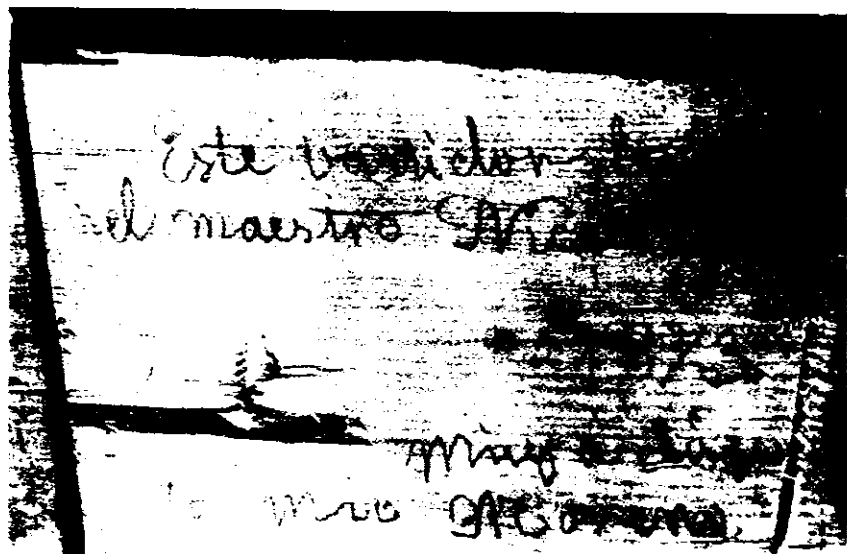
Salimos ambos por la parte posterior del cuadro y miramos el bastidor. Confirмо mi primera impresión: está hecho de trozos de maderas viejas y mal labradas, que presentan cajeados de usos anteriores. Molesta a mi sentido de la estética. Yo esperaba otro sostén para cuadro tan importante. Se lo digo al Greco.

El sonríe levemente y me dice:

—Hubo disgustos por esto entre Matías Moreno y el maestro carpintero Niceto Galán.

—y, ¿quién tenía razón?

—Cada uno tenía la suya. Mi colega Moreno, buen pintor perfeccionista, quería para mi cuadro un bastidor perfecto, limpio, bien labrado y bien ensamblado; y le disgustó la débil apariencia de los cruces del maestro Niceto. Y Niceto Galán, buen maestro carpintero, conocedor de las maderas y sus reacciones, juzgó que aquellos listones, en verdad ya usados en otros menesteres, tenían las propiedades que él deseaba para mi bastidor. Discutieron, y púsose a la postre el bastidor de Galán, no sin que Matías Moreno expresara su disgusto para siempre.



El Greco me señalaba un travesaño, en el que, en una incrustación de madera más clara, pude leer escrito a lápiz: "Este bastidor lo hizo el maestro Niceto Galán —1873— muy a disgusto mío. Moreno".

—Pero, volvamos dentro del cuadro, —me dice—, aquí hace frío.

Y cuando entramos de nuevo, atravesando preparaciones, imprimaciones y capas pictóricas, me paro en el manto de la Virgen.

—Aquí ha pasado algo, Doménico.

—Hubo un "pasma" en esta túnica carmesí. Cuando no había luz eléctrica enseñaban el cuadro con velas, y algún calentamiento descompensado del barniz pudo producirlo. He visto intentar quitarlo sin éxito a muchos hombres. Incluso un día un pintor, con mejor voluntad que respeto por la obra ajena, al no lograr su desaparición, repintó sobre el "pasma" con laca de granza al aceite. El tiempo empeoró la actuación de aquel hombre. Afortunada-



mente, en 1975, gente especializada venida de Madrid, quitó el repinte de mi compañero de oficio, al tiempo de tratar la mancha que no ha vuelto a salir hasta la fecha.

Seguimos caminando. Trazos firmes y seguros los de sus pinceladas. Apenas veo arrepentimientos.

Mi amigo, adivinando mis pensamientos, me dice:

—No suelo arrepentirme de lo que hago.

Su voz sonaba clara, serena, impregnada del sano orgullo que da la confianza en sí mismo.

—A pesar de todo, tuve un arrepentimiento en este personaje —me dice—. Acercáos a verlo.

Doménico me señalaba al clérigo de la sobrepelliz transparente, invitándome a acercarme a mirar.

En efecto: entre las últimas capas pictóricas y las imprimaciones puedo ver unos primeros trazos ya modificados, que dan un diferente movimiento al cura párroco.

Me acerco a verlo. . .

Ha sonado un golpe fuera del cuadro. Ha chirriado la puerta que da entrada al visitante.

—Es la hora de los grupos —le dice Silvio a Julián—. Hazte cargo de los tickets.

Han empezado a entrar en tropel grupos de turistas que en un momento han llenado la sala.

El murmullo y las voces de los guías, me hacen salir de mi letargo.

Los turistas se acomodan en los bancos. Yo me levanto del primero, en que me hallo; arreglo el cuello y solapas de mi chaqueta y me dirijo a la salida.

Detrás de mí queda una algarabía de explicaciones en todos los idiomas.

Bajo por los escalones de piedra hacia la calle.

Al pasar frente al buzón de correos que hay en la esquina, miro mis manos que ya no llevan la carta.